

# La Madre del Señor

Romano Guardini

## Capítulo 3: LA VIDA CON JESÚS

Una vez indicado lo que tiene lugar en la Anunciación debería exponerse cómo se cumple eso en la vida ulterior de María, hasta que Jesús vuelve a su patria celestial. Ante todo, los acontecimientos de la primera infancia de Jesús. La peculiar existencia errabunda que llevan María y José, y en que se repite el motivo primitivo del Antiguo Testamento, o sea el desgajamiento de las raíces inmediatas y la apertura hacia lo desconocido...

Además la suposición de que José quiso marcharse de Nazaret, porque allí la situación humana de María se había hecho demasiado difícil, y que al volver de Egipto quiso ir a Belén, pero luego, por obediencia de la indicación celeste, fue a Nazaret... Hasta que Jesús, al comienzo de su actividad, llevó a su Madre a Jerusalén”.

Luego habría que hablar de los años siguientes, en silencio; de la primera peregrinación a Jerusalén, que proyecta una luz tan clara sobre la relación dentro de la Sagrada Familia... De la muerte de José, tras la cual María queda sola con Jesús...

Sin caer en lo legendario ni en lo lírico, se podría muy bien decir algo sobre esa vida común; quizá de tal modo que se dedujera de la conducta de María en ocasiones posteriores —por ejemplo, en las bodas de Caná, o en el suceso de Mateo, 12,46 ss., Marcos, 3,20 ss.

Luego sigue la actividad pública de Jesús. Debería exponerse lo que cuentan sobre ella los Evangelios; los acontecimientos de aquella época; el carácter de la actividad de Jesús; el comportamiento del pueblo y de los diversos grupos influyentes; todo ello con referencia a lo que puede haber significado para María...

Luego, los últimos acontecimientos: el proceso contra Jesús, su muerte, su Resurrección y su Ascensión...

Por fin, Pentecostés; también de tal modo que se hiciera visible cómo estuvo allí María...

Esta interpretación debería elaborarse en compenetración meditativa, pero a la vez con escueto sentido de la verdad. Para ello parecen dar la medida los siguientes puntos de vista:

La posición de María quedó determinada por la hora de la Anunciación del Ángel. Esta se convirtió en centro vivo y operante de su existencia, desplegándose y ahondándose cada vez más. Por esa hora su relación con el Hijo quedó preservada de desviarse a lo meramente humano. Lo que era Él siempre, lo que decía y hacía, ella lo debía referir a lo ya experimentado.

Con eso no se puso en cuestión la relación maternal. En la convivencia con su Hijo, María hizo y sintió todo lo que hace y siente una madre. Pero, por otra parte, Jesús era el Hijo de Dios, y trascendía como tal toda posibilidad meramente humana. Este hecho no lo había podido advertir ella en toda su significación auténtica. El Evangelio —véase Lucas, 2,41—52— dice expresamente que no era así; y también para ella tenía que llegar Pentecostés. Por eso entraba en la relación algo desmesurado, no dominable. María era, según las palabras del Ángel, la “bendita entre las mujeres”, llena de las posibilidades del conocimiento sagrado, del amor y la proximidad sagradas; sin embargo, seguía siendo persona humana, auténtica y real. Por eso, en su relación con su Hijo, en medio de la más entrañable confianza, debió haber una distancia, una cierta falta de comprensión, que también se manifiesta en los relatos evangélicos.

Aquí hay que llamar la atención sobre una tendencia condicionada históricamente, que hace más difícil la comprensión; o sea sobre la idea, dominante en la Edad Media, de perfección, según la cual no acontece ningún devenir ni crecimiento real, sino que todo ya está realizado en el comienzo. Esta idea ha caducado históricamente con todos sus presupuestos, pero sigue ejerciendo influjo.

Hoy semejante situación nos parecería innatural. Todo lo que vive terrenalmente crece, y la fuerza del crecimiento y del despliegue confiados forma parte precisamente de

la perfección humana. Esto también se aplica a la vida de la gracia. María no estaba de antemano en su última perfección, sino que creció también, y sobre todo en relación con su Hijo. Fue precaución divina la que introdujo en el relato de su infancia esta frase:

“Ellos no comprendieron las palabras que Él les dijo” (Lucas, 2,50). Continuamente las palabras, acciones y procederes de Jesús, toda la manera como vivía y existía, van más allá de la posibilidad de María. La manera de entender místico—especulativa tiende a verla como si ella hubiera estado iniciada desde el principio; pero con eso se destroza algo de lo más esencial y hermoso de esta sagrada existencia; aparte del peligro de la mitificación que interpreta la relación de María con Jesús según la relación de la Diosa—Madre con el Hijo.

En vida de Jesús seguramente María no había reconocido todavía en Él al Hijo de Dios en el pleno sentido de la revelación cristiana. Convivir conscientemente con semejante Ser hubiera estado más allá de su fuerza. Pero, por otra parte, Él era Hijo de Dios; esa realidad estaba en la vida de ella y cobraba vigencia. Ella debía hacerle justicia; pero eso ocurrió, creo yo, precisamente porque no lo “comprendió”; sino que más bien, con respeto y confianza, sobrellevó ese misterio constantemente palpable, perseveró, y poco a poco creció a la altura de una comprensión que sólo le fue otorgada en Pentecostés, cuando Él ya no estaba exteriormente a su lado.

También de ese modo está ella dentro de la conexión del Antiguo Testamento. El misterio de la existencia que Dios concedió y exigió a su pueblo mediante la Alianza en el Sinaí consistía en que Él vivía y actuaba en su pueblo. No sólo —ya lo dijimos— en cuanto que Él estuviera presente como está presente en todo Aquél que todo lo rige, sino de manera expresa, personal; dominando y actuando. Igual que entonces —ya se habló también de esto—, la Ley sólo puede comprenderse por esta enorme presencia: como ayuda dada por Dios mismo, para mantenerla, y como protección contra su mal uso. Eso se cumple aquí. Que María pudiera vivir en la proximidad de Jesús, ir con Él, verse dependiendo de Él y tener parte en Él maternalmente, sin ser oprimida por el miedo ni confundida por la soberbia, es un profundo misterio. Y ahí se realizó un constante crecimiento en comprensión y amor, más verdadero y grande que todo saber anterior, dejado atrás a partir de Pentecostés.

El proceder de María debe haber sido de una sagrada nobleza. Ni pudo inmiscuirse de modo curioso o arrogante en lo inaudito de lo divino, ni pudo haber intentado desgajarlo de su conciencia. En ambos casos se hubiera hundido en la desmesura. No se esforzaba por ser la consagrada; pero tampoco se limitó a “lo humano” en la personalidad de Jesús, tomando el papel de “la buena ama de casa” o “la fiel sirvienta”.

Continuamente percibió cómo su Hijo se apartaba de ella elevándose. Aquí importan sobre todo aquellos acontecimientos en que por parte de Jesús se hace visible un gesto de trazar una frontera entre Él y ella. Se tiende a limarlos o a esquivarlos con explicaciones. No hay razón para ello; y además es poco cuerdo, pues esos hechos dicen más que todas las hipérboles sobre la callada grandeza de María. Ponen de relieve algo que constantemente estaba en vigencia: que Jesús era el incomprensible. Esa incomprensibilidad, sin embargo, María la asumió en su vida, la sobrellevó y creció en ella. De nuevo se muestra la peculiaridad de la actitud de María: la fe que persevera en lo incomprensible, aguardando hasta que Dios ilumine. Eso debería mostrarse en los diversos acontecimientos de su vida...

(...)

## **Capítulo 5: LA PRESUPOSICIÓN**

Como un epílogo a todo, que a la vez, sin embargo, aclararía el comienzo, se podría hacer por fin la pregunta: ¿cómo ha podido ser todo esto? De nuevo habría que poner de relieve esa cosa tan inaudita, lo que se otorgó y pidió a María, para hacer más sensible la cuestión de dónde están las presuposiciones originales para que ella sobrellevara la elección, mantuviera su destino y cumpliera su tarea.

La respuesta está amenazada por dos peligros. El uno consiste en caer en ideas mitológicas y entender a María como ser sobrehumano, como diosa. Entonces se destruye su esencia; pero también se pone en cuestión la esencia de Dios, pues no hay un camino que lleve de lo que significa “un dios” a lo que es “Dios”. El otro peligro consiste en resbalar a lo racionalista o a lo sentimental. Entonces María se queda en simple paridora y sirvienta, o en graciosa figura de leyenda, y otra vez se pierde todo.

La auténtica respuesta reside en el concepto de gracia. Dios se la dio para sostener lo inmenso. ¿Cómo se expresa esa gracia?

Ante todo, en la esencia y carácter de María. Debe estar llena de una maravillosa plenitud de vida; debe ser rica en capacidad de amor, fuerte y suave; debe ser noble, valiente y humilde, desde su raíz.

También debe haber habido en ella una perfecta sencillez. Pues ésta forma el núcleo del alma; sólo que no se puede hablar de ella demasiado pronto, sino sólo una vez que se han evocado las imágenes de esa vida. La sencillez va unida a la vocación. Esta da ánimo, señala la dirección y protege el corazón. Defiende los ojos, para que no vean la grandeza propia; pero da también la confianza necesaria para poder entrar en ella. Quizá su última expresión teológica está en que a María le fue otorgado, y también ciertamente requerido, desarrollar su vida de mujer totalmente a partir de la gracia, pero realizando esa gracia como realidad inmediatamente terrena. Algo, pues, que es propio del Antiguo Testamento en supremo sentido; ya se habló de esto. El carácter especial de la antigua historia de la Revelación consistió, en efecto, en que el pueblo llamado había de tener su existencia natural según la vocación divina, y a su vez había de realizar esta vocación como historia inmediata. También eso era posible sólo por una sencillez, sinónima de fe y confianza, y la caída del pueblo consistió una vez y otra en que quiso mantenerse con arreglo a la sabiduría común del hombre.

La sencillez de María adquiere un carácter especial porque es una mujer en quien se realiza. Para poder percibir y comprender lo que ahí ocurre, se debería partir de la relación femenina con la existencia, de la profundidad de la concepción y la maternidad, de la riqueza del sustento y el cuidado del cobijo, y, lo que se olvida fácilmente, del acierto del saber vital que hay en la mujer. Se debería ver cómo María estaba defendida por su sencillez de los demonios que amenazan a la naturaleza femenina, y, por ésta, a la vida en general; una sencillez que no excluye ninguna dote del espíritu, sino más bien le da su última plenitud, que se llama gracia, charis.

Pero con esto no se ha hecho más que retrotraer la pregunta. Antes decía: ¿Cómo pudo María mantenerse en tal vocación? La respuesta era: porque en su pura sencillez se escondían una plenitud y profundidad de vida que no tenían parangón. Pero en seguida se vuelve a plantear la cuestión: tal sencillez es por sí misma algo inaudito: ¿De dónde le viene? La respuesta está dada por la doctrina de la Inmaculada Concepción.

Esta doctrina dice que María no estuvo bajo el pecado que reside en la Humanidad por la rebelión de los primeros padres. Que, por el contrario, ha sido puesta por encima de ese pecado, en atención a la Redención venidera, y ha quedado en una relación de pura inmediatez con la nueva Creación. La doctrina dice además que en la Madre del Señor no ha habido ninguna de las confusiones y estragos que provienen de la culpa original, sino toda la plenitud y la fuerza, el orden y la belleza del nuevo ser humano querido por Dios, confirmado y santificado por la pura entrañabilidad de la relación divina. Pero esto, sin prescindir del pecado y la menesterosidad de los hombres; no en una suerte de idilio sobrenatural, sino que en su existencia ha vivido la terrible gravedad de lo que había acontecido y llenaba el mundo. Pues esta existencia no era leyenda, sino verdad. Era pura superación, obrada por el Dios redentor, y ponía a María en una relación con Cristo que sólo pudo ser vivida con total desprendimiento de sí misma.

Tomemos otra vez la visión de conjunto, pues hay que pensarla con exactitud, porque de otro modo la Madre del Redentor se transforma en una figura de leyenda. Involuntariamente, el pensamiento pasa desde ella a aquella que también existió a partir de un principio: a la primera mujer de la Creación, a quien también se le dio plenitud de vida y de gracia. En efecto, a María se le ha llamado siempre “segunda Eva”.

Pero el paralelismo no puede tomarse con demasiada sencillez. Lo que comienza en la Madre de Jesús no es el primer principio, sino el segundo. Su existencia no es la del Paraíso, pues éste no está sólo temporalmente antes del pecado, sino también ontológicamente. El pecado ha tenido lugar; ahora el Paraíso sólo existe como Paraíso perdido, incluso para María. La culpa que lo ha perdido no es suya personal; pero es de sus hermanos los hombres, y, por tanto, también suya, en cuanto ella está en la solidaridad de la existencia humana, en atención a la cual, precisamente, se le ha dado la gracia de ser preservada. La Redención no había de proceder del transcurso de la Historia misma, de un empujón intrahistórico, por poderoso que fuera, sino de la pura iniciativa de Dios; por eso la Madre estaba libre de la culpa hereditaria. Pero El vino para redimir; El tomó nuestra culpa en sí, y la hizo suya, en la autenticidad con que tomó nuestro lugar.

La Inmaculada Concepción de María es una gracia que no viene del contexto de sentido del Paraíso, sino de la Redención, y por eso tiene un carácter de gravedad, que allí no había todavía. Describir la conciencia que realiza tal existencia, sería una tarea nada fácil de "psicología teológica". Para nosotros significa pureza y madurez esta superación del mal, y con eso, su experiencia; aquí habría que señalar cómo esa gravedad que procede de la superación del mal, si bien se da, no es por una lucha propia, sino procediendo de la vida redentora de Cristo. Para Él estaba ordenada María, y Ella lo vivió como Madre suya, del modo más inmediato y puro.

A nosotros, acostumbrados al pecado, nos resulta difícil pensar juntas la conciencia de la vida y la inocencia, la libertad y la obediencia, la realización personal y la sencillez. La obviedad con que nuestro sentir hace que la madurez de la existencia dependa de la experiencia del mal, es en sí misma expresión de una corrompida experiencia propia y de una confusa ordenación de los valores. Y, yendo más allá todavía, de una voluntad de justificar lo injusto en el tejido básico de nuestra existencia. Se vuelve a tomar la mentira del Tentador: solamente "si coméis, seréis como Dios, sabedores del bien y el mal". Es difícil salir de este esquema de comprensión de la existencia, y sólo se logra mediante un honrado "ejercitamiento en el Cristianismo". Pero en qué medida se logra, depende la comprensión de la existencia de María. No queremos olvidar aquí que a eso no sólo se oponen el naturalismo y el racionalismo, sino también la credulidad corrompida por el fantaseo y la sentimentalidad.